

Narrativa Patrick deWitt ha revelado un raro talento que podría definirse como ensamblar aventuras improbables protagonizadas por personajes excéntricos

Siempre nos quedará París

ANTONIO LOZANO

Si encontrar buenas novelas cómicas supone de por sí un desafío, que el humor se sustente en un delirio controlado en todo momento por la agudeza y por una prosa elegante parece ya tan improbable como dar con la tumba de Cleopatra durante una excursión escolar. Desde su marciano western *Los hermanos Sisters*, Patrick deWitt (Isla de Vancouver, Canadá, 1975) ha revelado un raro talento que podría definirse como ensamblar aventuras improbables protagonizadas por personajes excéntricos con las que el lado gamberro del lector se desternilla mientras su lado grave obtiene la coartada de una ejecución técnica impecable.

Se le han querido buscar numerosos parientes al autor –de Mark Twain a P.G. Wodehouse, de Wes Anderson a los Hermanos Coen– y el firmante sumaría el ascendente de ese genio de la peripecia alocada y melancólica que fue el finés Arto Paasilinna. Menudo don hacer reír, conmovir, entretener, sub-

Puede arrimarse a una comedia de Lubitsch y pasar a una conversación llena de sensibilidad sobre el amor en la vejez

vertir géneros, deleitar con la prosa, dejar con ganas de más, transmitir personalidad. Así deWitt confirma que el verdadero posmoderno, con independencia de la época en la que naciera, ha sido siempre aquel capaz de poner el estilo al servicio de la absoluta libertad creativa.

Despedida a la francesa –título que adquiere su plena dimensión al final del libro y que apuesta con toda coherencia por París como retiro final del rico que, empobrecido, brama “de perdidos al río”, ya leerán.– la protagonizan Frances Price, una alta dama neoyorquina de lengua viperina y tendencias misánтро-

pas, viuda de un abogado desalmado que amasó una notable fortuna antes de morir de forma prematura y al que quizá no habría sorprendido que su esposa se fuera a esquiar al enterarse de su deceso, y su hijo Malcolm, un inútil con todas las letras, de infancia desamparada y todavía apegado a las faldas de mamá. Cuando su gestor les anuncia la mala nueva de que están arruinados y sus días de indolencia y caprichos llegan pues a su fin, toman la decisión de quemar las últimas naves (o ahorros) viajando a la capital francesa sin billete de vuelta y con un gato que encierra un giro argumental maravilloso. Lo que sigue es la crónica de un suicida proceso de despilfarro que sucede en paralelo al encuentro azaroso con una galería de individuos aunados por oponer la mayor resistencia a cualquier molde y entre los que se cuentan una viuda expatriada que se aburre, una pitonisa que tiene malas noticias si tu piel verdea y un detective privado abstemio y taciturno.

La novela tiene el enorme mérito de administrar muchas caras sin que el invento descarrile, capaz de resultar sofisticada y adorablemente ridícula, inteligente y triste, divertida y emotiva. En un momento dado puede arrimarse a una comedia de Lubitsch y sorprenderte a continuación con una conversación llena de sensibilidad sobre qué quiere uno del amor cuando envejece. Episodios como la visita a la morgue de un trasatlántico, o microrrelatos como el onírico paseo nocturno de Frances por París o la huida de un Malcolm infante de la academia en la que pasa el verano bajo la chiflada mirada de un encargado de mantenimiento apodado El Hombre Musgoso ya justificarían la lectura. Uno no quisiera despedirse nunca de esta novela, ni siquiera a la francesa. |

Patrick deWitt
Despedida a la francesa

ANAGRAMA. TRADUCCIÓN: MAURICIO BACH. 208 PÁGINAS.
19,9 EUROS



El autor canadiense Patrick deWitt apuesta por París para situar su hilarante 'Despedida a la francesa'

DAN MONICK